



# La Copa del Santuario

Grian



Un hombre salió de su casa con la intención de encontrar una copa que diera belleza y realce a un pequeño santuario que había dispuesto en su hogar; y, sin tener una idea clara de lo que iba buscando, se introdujo en las callejuelas del zoco de la ciudad, allí donde los mercaderes amontonan y exponen sus mercancías, llamando la atención de los posibles compradores entre una algarabía de voces.

A poco de sumergirse entre los bazares que bordeaban la calle, un mercader atrajo su atención con una gran sonrisa, mientras le tendía la mano en señal de saludo. Tras unos segundos de conversación, el mercader le tomó por el hombro y, entre palabras amables y zalamerías, lo metió en su abigarrada tienda. Allí, le mostró todo tipo de objetos y alhajas, haciendo oídos sordos a las tímidas protestas del hombre, que intentaba hacerle entender que lo que buscaba era una copa. Al final, debido a la insistencia del mercader, así como al temor de desairarle después de haberse tomado tantas molestias en mostrarle sus mercancías, el hombre terminó por comprar un brazalete repujado de plata, pensando que, al fin y al cabo, sería un buen regalo para su mujer.

El mercader le despidió con su amplia sonrisa y, poco después, el hombre se vio atraído y embaucado de nuevo por otro mercader que, tras las correspondientes zalamas y presiones, consiguió venderle un cántaro finamente decorado. Y lo mismo le sucedió en la calle de los zapateros, de donde salió con unas hermosas babuchas

amarillas; en la calle de los herreros, de donde se llevó un pequeño farol de pared; y en la calle de los tejedores, donde le enfundaron una fina chilaba blanca con rayas de color verde oliva.

«Mi mujer no me va a reconocer cuando me vea vestido con tan delicada prenda», dijo para sí. Aunque la copa, que había sido el motivo original por el cual había salido de su casa, no estaba entre los objetos que había comprado.

Pero, deambulando por las callejuelas del zoco, acertó a encontrar una calle en la que se agrupaban los mercaderes de vasos, ánforas y jarras, platos, cuencos y bandejas. Uno de ellos le hizo entrar en su tienda, y puso ante su atónita mirada la mayor colección de copas que jamás hubiera imaginado.

—Si no encontráis aquí la copa que mejor se os acomode, no la vais a encontrar en ningún otro lugar —le dijo ufano el mercader.

El hombre estuvo contemplando largamente las copas, una a una. Muchas de ellas eran realmente hermosas pero, cuanto mayor era su belleza, mayor era también el precio que el mercader pedía por ellas. Si bien lo que más le sorprendió al buscador es que ninguna de ellas fuera capaz de atraer a su corazón. Sin saber por qué, y a pesar de tanta belleza como había en ellas, de ninguna sintió que fuera el precioso objeto que debía habitar su pequeño santuario.

Desconcertado, se disculpó ante el mercader que,



no con agrado, tuvo que dejarle partir sin haberle vendido nada. ¿Cómo podía ser que no hubiera encontrado lo que buscaba entre tantas y tan bellas copas como le había mostrado? Pero aquello aún le resultaba más difícil de comprender al propio buscador que al mercader. Era como si su corazón estuviera esperando la aparición de algo muy concreto, algo que identificaría en el mismo instante en que lo viese.

Todavía confundido, deambuló durante gran parte del día por las callejuelas de la ciudad vieja, deteniéndose de cuando en cuando a contemplar las diversas mercancías que se ofrecían a las puertas de los bazares. Pero el objeto que su corazón sentía que debía habitar su santuario no aparecía.

Pasó por delante de un templo, justo en el momento en que uno de los sacerdotes se afanaba en sacar lustre a las copas rituales, y el hombre se detuvo a observarlas, por ver si su corazón identificaba entre ellas, las más sagradas, a la copa que hubiera querido llevar consigo. Pero no sintió nada y, en cualquier caso, aquel sacerdote jamás hubiera accedido a cederle o venderle uno de aquellos venerables objetos. Las copas del templo eran sólo para el uso y disfrute de los sacerdotes del templo.

Estaba pensando en abandonar su estéril búsqueda cuando, al doblar una esquina, a punto estuvo de caer de bruces en mitad de la calle.

—Podrías tener más cuidado —le dijo un mendigo que estaba sentado en el suelo, al otro lado de la esquina—. De poco no me partís la pierna de una patada.

Pero en la voz del mendigo no había rastro alguno de acritud. Más bien, parecía un tanto divertido al hacer su comentario.

—Lo siento. Andaba despistado —se disculpó el hombre.

—Cuando uno no sabe dónde debe buscar, es normal que ande despistado— dijo el mendigo con una sonrisa apacible—. Quizás podríais aprovechar el tropiezo para ver lo vacío que está mi cuenco.

Y el mendigo le tendió al hombre un humilde cuenco de arcilla ribeteado de plata. En su interior, dos pequeñas monedas mostraban las ganancias de la pobreza en una estéril jornada.

Pero, al ver aquel sencillo cuenco, el hombre sintió que el corazón le

daba un salto en el pecho. Aquello era lo que había estado buscando desde que saliera de su casa por la mañana. La copa que había salido a buscar era el cuenco de las limosnas de un anónimo mendigo de la ciudad.

—Si queréis, estoy dispuesto a llenaros el cuenco con monedas —dijo el hombre con una sombra de ansiedad en la mirada—, siempre y cuando os quedéis vos con las monedas y me dejéis a mí el cuenco.

El mendigo sonrió.

—¡Oh, no! —respondió sorprendentemente— No puedo venderos mi cuenco.

El hombre pensó que el mendigo, al darse cuenta de su interés por el objeto, estaba intentando sacarle mucho más de lo que le había ofrecido.

—Si de verdad deseáis mi cuenco —prosiguió el mendigo—, estoy dispuesto a regalároslo. Pero con una condición...

—¿Qué condición es ésta? —preguntó intrigado el hombre.

—Que os convirtáis en mendigo, como yo, y que éste sea vuestro cuenco de limosnas hasta que, algún día, alguien os pida vuestro cuenco. Entonces, se lo entregaráis a él con la misma condición que yo os impongo ahora.

El hombre dudó, extrañado por la insólita exigencia del mendigo. Pero, al final, aceptó su condición. Tal era el anhelo de su corazón por obtener aquel humilde cuenco.

Y ante la más absoluta incompreensión de su mujer y de todos los que le rodeaban, el hombre se convirtió en mendigo, incluso dentro de su propia casa; y salió con su cuenco a mendigar por las calles durante el día, para luego depositarlo en el lugar más sagrado de su pequeño santuario durante la noche.

Así vivió durante años. Y, para cuando llegó el día en que alguien, perdido por las calles de la ciudad vieja, le pidió el cuenco y se mostró dispuesto a asumir su condición, la vida de mendigo le había llevado a olvidarse de sí mismo y a ser habitado por el Espíritu que un día, mucho tiempo atrás, había intentado llevar a su hogar en la forma de una copa.

